

le dijo: "Acertaste, señor caballero, á conocer por mi suspension mi deseo; pero no habeis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto; que puesto que como vos, señor, decís, que el saber ya quién sois me la podría quitar, no ha sido así; antes, ahora que lo sé, quedo mas suspenso y maravillado. ¡Cómo! y ¿es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera, si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. ¡Bendito sea el cielo! que, con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías, se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes, de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias.—Hay mucho qué decir, respondió Don Quijote, en razon de si son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros.—Pues ¿hay quién dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias?—Yo lo dudo, respondió Don Quijote; y quedése esto aquí; que, si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar á entender á vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas." Desta última razon de Don Quijote tomó barruntos el caminante de que Don Quijote debía de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero, antes que se divirtiesen en otros razonamientos, Don Quijote le rogó le dijese quién era, pues él le había dado parte de su condicion y de su vida. Á lo que respondió el del Verde Gaban: "Yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos á comer hoy, si Dios fuere servido: soy mas que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda: paso la vida con mi mujer, y con mis hijos, y con mis amigos; mis ejercicios son, el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcon ni galgos, sino algun perdigon manso ó algun huron atrevido; tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latin, de historia algunos, y de devocion otros; los de caballerías aun no han entrado por los umbrales de mis puertas; hojeo mas los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invencion, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos; ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros; oigo misa cada dia; reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón mas recatado; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor." Atentísimo estuvo

Sancho á la relacion de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacia debía de hacer milagros, se arrojó del rucio, y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y, con devoto corazón y casi lágrimas, le besó los piés una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo, le preguntó: "¿Qué haceis, hermano? ¿qué besos son estos?—Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer Santo á la gineta que he visto en todos los dias de mi vida.—No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debeis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra." Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda malencolía de su amo, y causado nueva admiracion á Don Diego. Preguntóle Don Quijote, que cuántos hijos tenia, y dijole, que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. "Yo, señor Don Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que, á no tenerle, quizá me juzgara por mas dichoso de lo que soy; y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años: los seis ha estado en Salamanca, aprendiendo las lenguas latina y griega; y cuando quise que pasase á estudiar otras ciencias, halléle tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia), que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglo donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras, porque, letras sin virtud, son perlas en el muladar. Todo el dia se le pasa en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la Iliada, si Marcial anduvo deshonesto ó no en tal epigrama, si se han de entender de una manera ó otra tales y tales versos de Virgilio; en fin, todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo; que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesía de romance, le tiene ahora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa á cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria." Á todo lo cual respondió Don Quijote: "Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, ó buenos ó malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida: á los padres toca el encaminarlos, desde pequeños, por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que, cuando grandes, sean báculo de la vejez de sus padres, y gloria de su posteridad; y, en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, seria yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia á que mas le vieren inclinado; y

aunque la de la poesía es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonorar á quien las posee. La poesía, señor hidalgo, á mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que, quien la sabe tratar, la volverá en oro purísimo de inestimable precio; hála de tener, el que la tuviere, á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos; no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas; no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseis, señor, que yo llamo aquí *vulgo* solamente á la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así, el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, dóime á entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es esta: el grande Homero no escribió en latín, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos; y siendo esto así, razón sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaino que escribe en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro, porque, según es opinión verdadera, *el poeta nace*; quieren decir, que, del vientre de su madre, el poeta natural sale poeta; y con aquella inclinación que le dió el cielo, sin mas estudio ni artificio, compone cosas que hace verdadero al que dijo: *Est Deus in nobis, &c.* También digo, que el natural poeta que se ayudare del arte, será mucho mejor y se aventajará al poeta que, solo por saber el arte, quisiere serlo. La razón es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficónala; así que, mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfetísimo poeta. Sea, pues, la conclusión de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar á su hijo por donde su estrella le llama; que, siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas, por sí mismo, subirá á la cumbre de las letras

humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen, como las mitras á los obispos, ó como las garnachas á los peritos juriconsultos. Riña vuesa merced á su hijo, si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele, y rómpaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque lícito es al poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que, á trueco de decir una malicia, se pondrán á peligro que los destierren á las islas de Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será también en sus versos: la pluma es lengua del alma: cuales fueron los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos; y cuando los reyes y príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes." Admirado quedó el del Verde Gaban del razonamiento de Don Quijote, y tanto, que fué perdiendo de la opinión que con él tenía, de ser mentecato. Pero, á la mitad desta plática, Sancho, por no ser muy de su gusto, se habia desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores que allí junto estaban ordeñando unas ovejas; y en esto, ya volvía á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discreción y buen discurso de Don Quijote, cuando, alzando Don Quijote la cabeza, vió que, por el camino por donde ellos iban, venía un carro lleno de banderas reales; y creyendo que debía de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada; el cual Sancho, oyéndose llamar, dejó á los pastores, y á toda priesa picó al rucio, y llegó donde su amo estaba, á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.